

La venganza

(Primer Premio Concurso Nacional de Clubes del Libro de Bolivia)

Durante muchos meses la policía especializada en la lucha contra el narcotráfico no pudo detener a Meneco Ortiz. Este, siempre alertado a tiempo, evadía a la justicia. Ante tantos operativos sin resultado, las autoridades superiores convocaron a Norberto Donoso, un profesional serio a quien le gustaba enfrentar retos difíciles.

Cuando el jefe le pidió que se hiciera cargo de la misión, él quedó callado por un largo rato. Ensimismado en sus pensamientos, parecía medir posibilidades y tiempos; cotejar situaciones. Después, respondió que lo haría si convenían en algunas condiciones:

- ¿Me darán las armas que necesite y los hombres que precise? - preguntó.

- Te daré quince hombres y las armas que quieras.

- No señor, solo deseo trabajar con cuatro detectives que yo mismo elegire y algunas armas.

Y así fue, con hombres tan eficientes e insobornables como el mismo, el capitán Norberto Donoso comenzó el trabajo. Investigaron a conciencia a la posible red de traficantes; siguieron a cuanto parente conocido tenía Meneco Ortiz y a todos los que supuestamente podían ser de su bando. Los policías se olvidaron de sus familias y de sus descansos de domingos. Día tras día vigilaban los domicilios, las haciendas... Eran como tigres en acecho, siempre alertas, infatigables a porfía. Fue cuando un informante dijo que tenía noticia de que la plana mayor del cartel iba a reunirse de nuevo. Dice que habrá tragos y mujeres - añadió - Al día siguiente, los policías tomaron la casa ubicada al frente a la mansión campestre. La pobre campesina, muerta de miedo, parecía hundirse en los rincones y de cuando en cuando, les miraba con ojos vacíos ahogados en tinieblas; sólo el niño de siete años se mostraba entusiasmado ante las pistolas y las ametralladoras que portaban los hombres.

- ¿A quien matarán? - preguntó el pequeño.

- A nadie - le respondieron.

- ¿Ustedes son ladrones? - prosiguió el chiquillo, abriendo sus ojos como lunas redondas. Y luego él mismo se dijo - Ya sé; asaltarán al doctor que viene de vez en cuando. ¡Eso es!

El día de la reunión se presentó ventoso y frío. Un cielo plomizo amenazaba desmoronarse sobre el campo. Por la tarde, una garúa persistente ahogó las distancias... Tres hombres apostados tras la puerta y la ventana de la casita rural, no perdían de vista el camino. Los otros, vestidos de campesinos, hacaban un tronco o encaminaban el agua de las acequias. Como a las cuatro de la tarde, llegó un automóvil que entró rápidamente a la hacienda. Veinte minutos después, hizo su aparición otro, con cuatro mujeres y, al rato, un Jeep ocupado por varios hombres.

- Ahí va el pájaro - dijo uno de los detectives casi en un susurro.

Esperaron un buen rato. La música se hizo más fuerte en la mansión.

- Es el momento - dijo el capitán y cautamente fueron saliendo a tomar sus posiciones. Sus rostros estaban tensos, como labrados en bronce.

En ese momento, la lluvia se hizo más fuerte. Ramalazos de fuego se encendían en el cielo y los retumbos de los truenos iban a morir en la lejanía. - "Dios nos ayude" - pensaron los colaboradores de Norberto Donoso. Cuando pudieron mirar lo que pasaba dentro de la casa, éstos quedaron horrorizados. Dos parejas de mujeres peleaban y Meneco Ortiz y los suyos reían animados: - "La que gane tendrá diez gramos... diez gramos gratis". Entonces esa mujer delgada, con los ojos apagados y las ropas destrozadas, parecían cobrar vida y se arañaban o mordían como perros hambrientos. "Cinco gramos" alardeaba uno de los hombres, mostrándoles un sobre blanco. "Con esto basta para levantar el vuelo hacia donde los demonios no tienen pecado"...

Y las mujeres esqueléticas redoblaban sus esfuerzos, convulsas por la ansiedad de la droga.

Cinco ametralladoras hirieron la tarde. Ninguno de los narcotraficantes tuvo tiempo para sacar sus armas.

- Si nos sueltan haré llegar a cada uno de ustedes, cincuenta mil dólares - les propuso Meneco Ortiz - Total pueden decir que el operativo no dio resultado.

- Nadie desprecia el dinero - Acotó otro de los esposados.

- Yo les aumento diez mil más - Dijo un tercero.

Por toda respuesta, el capitán sacó un celular y llamó a la policía.

Los ojos de Meneco Ortiz se volvieron dos puñales de fuego. Su cara gorda y fofa reflejaba un odio sin límites. Sin embargo, siguieron aumentando la suma sin poder comprar conciencias.

Las movilizaciones con los presos entraban en la ciudad.

- Toma por la Uruguay - ordenó el capitán al chofer.

A poco, el automóvil se sacudió como un epiléptico y después se paró.

- Se fregó, capitán, y, ¡miré qué casualidad...! Su voz se quebró como rota por un hachazo.

Al instante vieron que, por la acera, caminaba una joven llevando de la mano a un niño. Norberto donoso se hundió en su asiento tratando de pasar inadvertido; pero el pequeño lo descubrió y con la alegría de un gorrioncillo dijo entre risas:

- Papá, ¡Por fin llegas! - Se acercó al auto y mirando a

Meneco siguió: - ¡Un hombre esposado!

Amanda, la joven esposa, al darse cuenta de la situación quiso retirar al niño y sus ojos se quedaron clavados en el preso.

Una palidez mortal inundó su rostro. Esta, se quedó quieta y casi imperceptiblemente pronunció el nombre:

- ¡Jorge Tórrez!

Volviéndose hacia su esposo él dijo: - Te equivocaste. El no es Ortiz. Es Jorge Tórrez.

- Si, ése es su verdadero nombre pero lo cambió.

El narcotraficante mirándola dijo entre dientes:

- Tú eres Amanda Salazar. La malnacida - Se tocó una pequeña cicatriz que apenas se notaba en su frente y prosiguió: - Nunca me olvidé de ti -

Parecía que babeaba un odio vengativo.

- Perdón - dijo ella pálida como un junco agonizante.

Meneco prosiguió:

- Así que eres la esposa del capitán que me apresó. Pues te juro que me vengaré: De ti, de tu hijo y de él. Aunque sea lo último que haga; mi venganza será sin límites. ¡Pero aún es tiempo, Amanda!

Toma estos cinco mil dólares de adelanto después les llegará lo demás. Pueden decir que al arruinarse la movilidad, yo me escapé.

Convence a tu esposo, Amanda; aún hay tiempo; de otro modo, aunque sea de aquí a veinte años, tendrán noticias de mí -

Como Amanda seguía muda, casi desfalleciente, la apremió diciéndole: - ¡Putal! ¡dile que me largue!

Un puñetazo en la boca lo hizo callar.

A los pocos momentos llegó un carro policial para recogerlos.

Amanda, convertida en un témpano clavado en el suelo, se quedó muda abrazando a su niño. Al volver a su casa imágenes del pasado retornaron precisas a su mente. Y se vio triste y temerosa llegando a la escuela de la mano de su única tía. Había perdido hogar, padres y caricias. En ella conoció a Jorge Tórrez, un muchacho gordo, con los ojos de mico y las manos prestas.

Al saber que la niña era Amanda Serrano, le inició una guerra oscura llena de insultos y humillaciones. A todas horas le decía ¡malnacida! La maltrataba sin piedad, jalaba sus trenzas, rompía sus cuadernos...

Amanda recordó cuánto temía a los recreos porque en éstos, ella era como una gacela asustada que buscaba los rincones para pasar sin ser vista y él, Jorge, un halcón sin fatiga.

Una vez, en el colmo de sus desesperación, ella le arañó la frente.

- ¿Por qué me odias tanto? - le preguntó entre sollozos y aquí le respondió:

- Por tu padre que abandonó a mamá.

- Ellos están muertos...

- Pero tú, ¡puerca desgraciada! estás viva.

La pequeña cicatriz que ostentaba Jorge, fue motivo de burla entre sus compañeros, lo que hizo que aumentara su encono. Después de los exámenes lo perdió de vista y no supo de él nada hasta unos momentos atrás.

Siempre que tales recuerdos volvían a su mente, ella, de un manotazo, los metía muy adentro de su alma, cubriéndolos con otros menos amargos, pero sabía que allá quedaban como una serpiente que salta al menor descuido y hiere.

Desde el día que Norberto Donoso apresó a Meneco, Amanda vivió en constante sobresalto. "Se escapará - decía - y entonces vendrá a vengarse de nosotros". Sólo se sintió más tranquila cuando su esposo le contó que Meneco Tórrez había sido sentenciado de por vida.

- ¿La cárcel es segura? - preguntaba Amanda

- Es de máxima seguridad.

- ¿Se escaparon de allá algunos presos?

- Nunca - y entonces ella pareció más serena.

Pasó el tiempo, Norberto era un viejo de surcos en la piel que decían de soles, de leguas y de espanto. Amanda tenía en la cabeza finas hebras de luna. Alberto, el hijo de ambos, era un universitario distinguido. Amaba a sus padres y compartía con ellos cuanto le acontecía. Con sus amigos era sincero y leal, siempre presto a darles la ayuda que necesitaban. Por eso, su casa estaba llena de compañeros que estudiaban con él o escuchaban música. La vida era plena para ellos; luminoso el porvenir...

Una noche todos los canales de televisión dieron la noticia: Meneco Tórrez se fugó de la cárcel con sus dos guardias. Doña Amanda sintió que el mundo se desplomaba sobre su cabeza.

Desde entonces, cada hora, constituía una pesadilla. Por la noches la despertaba el más pequeño ruido: las ramas del árbol que raspaban el silencio, el perro desvelado que ladraba, los pasos apagados por la calle... Cuantas veces se levantaba en puntillas hasta la ventana y entonces la perturbaba cualquier sospecha; la copa del ciprés que parecía un fantasma, la luna como un ojo febril que la oteaba desde el vacío...

Pegada a la radio, seguía de cerca las noticias:

"Se cree que Meneco está en los bosques del Beni". "Que salió del país". "Que está en Colombia"...

Poco a poco fue tranquilizándose y un olvido piadoso de los hechos llenó sus días.

Los años se desgarraron sin sobresaltos y fueron dejando huellas de luna en sus cabellos. Norberto, ya jubilado, hacía viajes de negocios por los que se ausentaba algunas semanas.

"Dos años más y Alberto será ingeniero" - decían los esposos. ¡Y una sonrisa ancha le llenaba la cara!

Cierta vez, Amanda sintió que su hijo experimentaba un cambio repentino: Se alejó de sus amigos, se hizo retraído, ya no hacía castillos con sus sueños...

- ¿Te pasa algo? - le preguntó su madre.

- No, Nada. Estoy cansado, eso es todo.

Se encerraba en su habitación y cuando Amanda o Norberto querían entrar en ella para charlar, éste se enojaba y les decía que lo dejen en paz. Luego se volvió huraño y rudo. Su cuarto era prohibido y siempre lo mantenía con llave. - "No invadan mi intimidad" - les gritó en una ocasión...

Un día Renán, un amigo de Alberto, les dijo:

- Estamos preocupados. Algo raro le ocurre. No va a la universidad y, cuando lo encontramos por casualidad, nos rehuye.

Ya en su casa, Amanda entró a la fuerza al cuarto de su hijo. Todo era un desorden completo y habían desaparecido muchas cosas: radio, grabadora, sintetizador, libros, ropa...

Esa noche el joven llegó a altas horas. Sus papás, consternados, postergaron la charla para la mañana siguiente. Como éste tardara, más que de costumbre, en levantarse, violentaron la puerta y se quedaron petrificados. Allí estaba Alberto, tirado sobre la cama, con el brazo descubierto lleno de pinchazos y, por el suelo algunas jeringas.

- ¡Cocaína! - dijeron en un grito, al mismo tiempo - Nuestro hijo es un drogadicto...

Amanda sintió que la abandonaba su sangre; fue sólo un instante, luego se irguió como una leona que defiende a su cachorro. Cerró lo puños apretándose a la lucha; ese día Alberto ingresó en un Instituto de Rehabilitación. La noche comenzaba para los dos padres, una noche cargada de malos presagios, de insomnios, de tormentos...

Pasaron varias semanas, cuando una voz por teléfono, salpicó su odio:

- Yo inicié a tu hijo en la droga cumpliendo parte de mi venganza. ahora te toca a tí ¡malnacida! Ahora que estás sola...

- ¡Rata inmunda...! bramó Amanda soltando el teléfono. La pobre mujer temblaba de pies a cabeza. Después, una rabia profunda destelló en su alma... No llamó a su esposo para pedirle que volviera de inmediato del viaje; tampoco a la policía para solicitar amparo. Se fue derecho al mueble donde sabía que Norberto guardaba su pistola. La cargó con cinco balas y ni por un momento se separó de ésta.

Serena, hacía todas sus tareas a sangre fría, como si nada la perturbara. Mantenía sus labios apretados, resuelta a jugar su destino.

Una mañana su perro apareció muerto, envenenado.

Más tarde, de nuevo, una voz en el teléfono le dijo:

- ¡Maldita! Ya me acerco.

- Ven, canalla - le respondió - ¡Te espero! - Y colgó al auricular.

Esa vez, como otras tantas, Amanda fue hasta el Instituto. El proceso de recuperación era lento y difícil. Volvió a la casa y esperó calmada y silenciosa. La luna se levantaba insomne como ella y las estrellas parecían lentejuelas en la malla de la noche. ¡Todo esplendor en la dombra colgada de la eternidad... y en su alma, la sed y la vigilia...

Amanda realizó todas sus actividades diarias: después de cerrar con llave las puertas, corrió las cortinas, rezó y se sentó frente a la ventana. Así la sorprendió el amanecer... y otra vez.

A la cuarta noche la ganó el sueño. Sería la una de la madrugada cuando un perro desgarró con su ladrido la quietud del silencio. Al abrir los ojos, Amanda quedó tensa como cuerda de violín. Entonces, sintió que alguien trepaba hasta su balcón y luego, pudo ver una figura humana que abría, silenciosamente, la puerta.

Amanda se alzó del sillón y descargó su pistola. Los cinco tiros hicieron impacto en el cuerpo del intruso, que se desplomó en el suelo. Más arde, ella, prendió la luz y se acercó al muerto. Era un hombre desconocido.

Un segundo después, percibió una mano pesada sobre su hombro... Se volvió y unos ojos de mico se le encararon. Helados, pétreos.

LUZ APARICIO DE FUENTES,
Maestra, poeta y narradora
tarifeña. Animadora de
eventos de Literatura
infantil.